

Ediciones Exilio

TRIBULACIONES Poesía

Jader Rivera Monje

Jader Rivera Monje
(Teruel, Huila, Colombia, 1964)

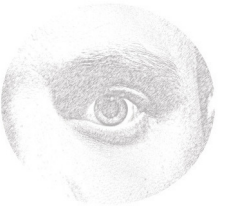
Estudió Lingüística y Literatura en la Universidad Surcolombiana de Neiva y Maestría en Literatura Hispanoamericana en la Universidad Javeriana de Bogotá. Hace parte del comité editorial de Ediciones Exilio.

Es autor de los libros de poesía *Los hijos del bosque* (Trilce editores, Bogotá, 1998), *Antología personal* (Editorial Arquitrave, Bogotá, 2006), *Paisaje con relámpago* (Ediciones Exilio, Bogotá, 2008), *Todo el silencio*, antología publicada en la Revista de poesía Exilio # 26 (Bogotá, 2015), *Inventario de casa* (Ediciones Exilio, 2018), *Tribulaciones* (Ediciones Exilio, 2022) y *Ala verde del mundo* –Poesía reunida– (Ediciones Exilio, 2023).

En narrativa es autor del libro *Diez moscas en un platico con veneno* (Fomcultura, Neiva, 1998). Y en dramaturgia es autor del libro *El día sin horas* (Fomcultura, Neiva, 1999).

Sus trabajos literarios hacen parte de los libros colectivos *La lluvia y el ángel* (1999) y *Memoria secreta de la infancia* (2006).

TRIBULACIONES



Jader Rivera Monje

TRIBULACIONES

Ediciones Exilio

Tribulaciones
© Jader Rivera Monje
ISBN: 978-628-96196-8-3
Correo del autor: riverajader@gmail.com

Ediciones Exilio
fundacionexilio@gmail.com
Colombia – Portugal

Edición al cuidado
de Hernán Vargascarreño

Fotografía de portada: Alex Andrews

Primera edición: 2022
Segunda edición ampliada: noviembre de 2024
Tiraje: 500 ejemplares

Impresión:
Gente Nueva Editorial
Teléfonos: (601)320 2971 / (601)320 2840

Impreso en Colombia

Sobre el autor de los poemas

Un día soleado de junio, ajeno yo a los afanes de la vida y ocupado sólo en lavar los trastos del almuerzo, vino a mi mente la imagen de un poeta que no quería ser poeta y que lo era a pesar de sí mismo. Le escuché decir que prefería ser un tubérculo, tal vez una remolacha para que la comieran los niños. Esto me pareció gracioso y decidí hospedarlo en mi casa.

A medida que su voz crecía, me di cuenta de que me había equivocado. En verdad hablaba en serio y yo era uno de esos tantos que juzgaban por la primera impresión que nos causan las personas. Hoy en día siento profundo respeto por él y cierto grado de compasión, aunque, a decir verdad, él no la necesita.

El Poeta Tubérculo, como lo llamé desde el primer día de su visita, tenía treinta y cinco años. Era robusto y saludable. Se me ocurrió que tal vez venía del campo donde los trabajos materiales y el aire puro fortalecen el cuerpo. Sin embargo, se hacía muchas preguntas sobre la existencia y eso lo sumió en la angustia. Respirar no era estar vivo. Le tomó rabia a todo lo que lo alejara de la vida. Pero no le

tenía miedo a la muerte. En las páginas de este libro está escrito todo lo que pensaba y sentía ese hombre apodado El Poeta Tubérculo.

JADER RIVERA MONJE

Ojalá fuera yo el burro del molinero
y que él me golpeara y me estimase...
Antes eso que ser el que atraviesa la vida
mirando atrás y con pena...

El guardador de rebaños. Fernando Pessoa

Es vergonzoso que, en el transcurso de una vida
en la que tu cuerpo no desfallece, en este
desfallezca primero tu alma.

Meditaciones. Marco Aurelio

I

SI YO FUERA UN TUBÉRCULO

1

¿Puede uno negarse a sí mismo?
¿Dice el árbol que no quiere ser árbol?
¿O el cielo niega las nubes que lo rondan?
Él, sin nubes, no sería cielo.

¿Dejaría yo de ser poeta si lo negara?
¿Puedo negar mi destino
o aquello que, inconscientemente
y sin pausa, me he buscado?

¿Por qué buscar aquello que me hace daño
cuando a otros los colma de dicha?
¿Y por qué a los otros los colma de dicha
y a mí me deja enferma el alma?

Bien lo sé:
No soy yo oveja del rebaño.
Aunque intente andar detrás de la manada
siempre me desvío del camino.

“¡Por qué no fuiste agricultor, panadero!
-decía mi madre-
¡Eras tan feliz en otras vidas!
Veías crecer la hierba y tu pecho se agrandaba.
Y del dorado pan aspirabas el aroma del trigo
dichoso frente al resplandor del fuego.
Estaba orgullosa de ti.

“Pero no. Ahora eres poeta.
¡Qué ingrata profesión!
¿A quién le importarán tus palabras?
Y tus palabras...
¿qué tan cerca estarán de la vida?”

2

No sé por qué huyendo de las palabras
las voy llamando a gritos por el camino.

¿Dónde están? ¿Por qué se ocultan?
Aquí hay un hombre que se ahoga en el silencio.

Mas una vez presentes,
me son odiosas, las aborrezco con toda mi alma.

A ti te lo pregunto: ¿Quién me manda?
¿Quién me obliga a hacer lo que no quiero?

"Nadie. Sólo tú.
Sólo tú te atas al mástil del barco
y te obligas a escuchar a las sirenas."

Entonces, ¿quién en mí,
quién detrás de mí me empuja,
me hace saltar al mar para que me ahogue?

¿Quién me habla,
cuál ese impulso ciego que me lleva de la mano
y al borde de la página me dice:
"Escribe, escribe,
es la única forma de salvar tu vida."

3

Mi preocupación es estar vivo.
No escribir poemas.
No digo yo respirar.
Digo sentirme vivo.

Sudar. No pensar.
Tener noticia de mis piernas,
sentir que el olor de las axilas es mío.
Imaginar mi cuerpo, bajo la piel,
en ebullición.
Sentir que estoy unido a él
y a través de él al universo.
Y este es el origen de mi tristeza.

Quisiera encontrarme conmigo mismo
en la pura esencia del salvaje.
Volver al origen
y al volver morir y nacer otra vez.

Ser otra vez como las bestias que viven
y no preguntan por su existencia.
Como las praderas que mueren
y se renuevan con pastos recién nacidos.

El considerar esto me atormenta:
El universo y la vida siempre están
haciendo señas,
llamándonos desde el reflujo febril
de nuestra sangre.
El universo y la vida siempre están en mí
y yo no puedo estar en ellos.

4

No quiero ser poeta
porque al serlo me alejo de la vida.
Prefiero ser un tubérculo.
Uno elemental en el fondo de la tierra,
engrosado por las aguas subterráneas,
al cuidado del sol y de los días.

Toda la vida, la vida entera
he rendido culto a la palabra.
Y la palabra solo me ha llenado de tormentos.
Atormentado he vivido
buscando en ella lo más puro y divino
sin saber que trataba con fantasmas.

No quiero ser poeta.
Esto lo entenderá
sólo aquel que se haya sentido como yo.
¿Y cómo me he sentido y me siento?
Como un caracol vacío
donde sopla el viento y el mar amorfo ruge.

Las palabras del poeta son huecas
y solo albergan vacío;
en ellas solo hay sombra de aquello
que se atraven a nombrar.

La palabra opulenta es la peor de todas.
Esta traiciona al que la pronuncia.
No porque no diga
lo que aquel quiere que diga.
Sino porque ella es la depositaria
del engreimiento del que la pronuncia.

Y el que la pronuncia siempre está enfermo.
El engreído se hincha de naderías
y eso es malo para mi alma.

5

Todos los tubérculos están bajo tierra,
están dormidos hasta que alguien los despierta.
¿Quién me despertara a mí
que yazco en el subsuelo
con la boca llena de palabras vacías?

Aquí abajo, la tierra es áspera y negra,
pero tiene ese jugo amargo y fértil que da vida.
Si yo fuera planta, si fuera raíz, si fuera tubérculo,
¡qué grandes milagros verían los hombres!
Estaría en el árbol que filtra sus hojas el aire
o en las rodajas de remolacha que come el niño.

Pero no soy un tubérculo.
Solo soy un poeta enterrado con la boca llena
de palabras vacías.

6

Esto que escribo no es poesía.
No quiero que lo sea.
Si lo fuera,
sería voz que quiere ser cuerpo.

Y, sin embargo,
¿Qué es esto que queriendo ser
no es hueso, ni sangre, ni rostro?

Las palabras se alinean en esta frase:
fila de hormigas que cargan
la piel de escarabajos muertos.

¿Hacia dónde van?
¿Quién guía la marcha?
Van hacia un hueco oscuro
donde una reina obesa las come.

Esto que escribo no es poesía.
Si lo fuera no habría ausencia de carne,
de lenguaje;
de algo que quiere expresarse y no puede,
hornacina donde falta un ángel,
un santo,
un algo.

Y también lebrillo roto
por donde se cuela el agua
y vuelve al río donde la han sacado.

Y aquí paro.
Aquí termina este ruido de palabras.
Y no es nada.
No he dicho nada.

7

Mi cuerpo es más cierto que esta frase.
Una erección supera una palabra.
La erección de mi miembro,
alto, turgente,
reclama al mundo su existencia.

¿Reclama su existencia el lenguaje?
Sólo un vaho fugaz queda en los cristales.
La palabra cuerpo sólo es sombra.

Mi cuerpo real, en cambio,
esta carne palpitante que se levanta
frente a ti,
se deja tocar, besar,
se ablanda con los besos en la cama
o salta furioso ante la ofensa.

Mi cuerpo es cierto.
Yo lo toco, lo muerdo, lo recorro con mi lengua.
¿Es mi lengua cierta?
Lo es, lo es.
En ella está tu cuerpo con babas y con dientes.

8

Afirmo que la vida está en mi cuerpo.
Está en mis venas.
Está en la punta de mi dedo cuando te toco.

La vida está en ti cuando sudas.
Está en el sudor de tu piel y en la saliva de tus besos,
tu saliva espesa y tu lengua que roza mi lengua.

También está en tus piernas,
cuando tus piernas se anudan a mis piernas
y la presión y el calor de tus músculos me ahogan.
Está en la blanca y suave planicie de tus palmas,
cuando tus palmas bajan, bajan,
y se aferran al promontorio caliente de mi miembro.

También está en la asfixia,
cuando un goce sin límite nos devasta por completo,
cuando sin ojos veo, cuando sin cuerpo siento;
y la vida, ese rumor de sangre tibia en las venas,
es el mismo girar del planeta.

Afirmo también que está en la hierba,
en la que yacemos tendidos viendo el cielo.

En esa hierba que generosamente
/soporta nuestros huesos
y nos conecta con el mundo.

Afirmo que somos como dos piedras,
dos piedras muy juntas después de hacer el amor.
Dos piedras más, sin palabras, plenas,
expuestas a las reflujos del universo.

9

Busco tus piernas,
bajo las cobijas busco tus piernas,
me aúno a ellas,
me entrelazo, me fundo.
Son tan tibias, tan carnales.

Siento el peso de tus muslos
sobre mis rodillas.
La presión de la sangre
va y viene por tus venas.
Me acerco más a ti.
Te aprieto.
Te anudo con mis brazos.

Es turbio tu pecho.
En el fondo de él hay algo que late.
Lo siento debajo de mi palma
que ausculta la turbulencia
de tu deseo.

Acerco mi boca a tu boca.
Bebo tu aliento.
Son tan húmedos y tibios tus labios.

¿Bebo o bebes mi aliento?
Nuestras bocas ya son una
y parecen succionarnos la vida.

Tiemblas. Asciendes.
Ahora estás encima de una montaña.
Miras a lo lejos
y luego sobre mí que soy tu presa.
Te abalanzas con dientes
y con uñas,
me exploras, me socavas,
sales de mí airoso y, sobre mi pecho,
sin permiso alguno,
te duermes.

Háblame,
ahora que descansas de tu cuerpo.
¿Por qué siempre está lejos del mío?
¿Por qué como un relámpago
se funde al mío y luego retrocede,
quedando así, dormido sobre mi pecho,
tan ajeno a mí,
tan lejano,
como la cima de una montaña a la otra?

10

Yo te amo.
Mi cuerpo lo siente.
Preguntan por ti mis pies,
mis brazos, mis ojos, mi boca.
Esto dicen:
¿Por qué no has vuelto?
Te queremos tanto
que sin ti no deseamos vivir.

¿Qué nos has hecho?
Porque estábamos también sin ti
y, luego, cuando apareciste,
parece que siempre hubieras
sido de los nuestros,
pegados a nosotros,
muy juntos,
al punto que empezamos a extrañarte
aún antes de conocerte,
y mucho más cuando te fuiste.

Vuelve, vuelve siempre
y métete en este hueco
que has dejado en el cuerpo,
entre las piernas y los brazos
y la boca y los besos.

Te amamos tanto.
Ven, ven.
El mundo sin ti no es lo mismo.
No sabe el agua a agua,
el sol calienta en las alturas,
no acá en la tierra.

Estamos entre tinieblas en mitad del día.
Vuelve, vuelve.
Te extraña la piel
y ese otro ser que habita y está en nosotros
y dice ser el alma.

II

CANCERBEROS

I

Amarrado a los árboles del bosque,
cazado como un tigre,
rabioso y vulnerable,
miro a mis cancerberos.

Me preguntan:
¿Eres poeta? ¡Haznos el milagro!
¡Libérate!

Cierro los ojos.
Estoy entre bocas oscuras de fusiles.
Mariposas amarillas se levantan
de excrementos humanos,
hay ríos crecidos, desbordados,
tempestades de las que no sé
si están en el cielo o en mi pecho.

Detesto cuanto he escrito.
Miradme atado a los árboles
y a punto de morir.
Poetas bastardos, inútiles,
indolentes, engreídos,
hinchados de vanidades,
¿qué podéis hacer por mí,
por mí que necesito tanto de vosotros?

Hablo con los secuestradores
y hallo amargura en sus almas.
Me quedo callado.
El vientre del cielo es pardo
y su luz lechosa.
Hace frío. Me ovillo.
¿Qué luz iluminará mi espíritu?

2

Amo al mayor de mis captores,
al más robusto y oscuro.
Terrenal, hediondo a pedos,
a sangre, a hierros oxidados,
me asombra y lo amo
con ese mismo amor, acaso,
que un dios distante y frío
ama a sus criaturas.

Le digo:
No habéis secuestrado a un hombre.
Habéis capturado a un pájaro.
Mas no cantaré para vosotros
no porque no seáis digno de mí
sino porque he descubierto
la inutilidad del lenguaje.

Me podéis tomar del cuello,
arrastrar por la ladera
y en un claro del bosque,
blandir el hacha y hacerme astillas.

Podéis meter mi cabeza en la quebrada
y hacer que me beba toda el agua del cauce,
o colgarme de las manos a los árboles
y dejarme allí, por siglos, con hambre,
con sed, eternidades.

Te repito:
No habéis secuestrado a un hombre.
Habéis capturado a un pájaro.
Y no cantaré para vosotros.
He desterrado de mi boca las palabras.

3

Yo era un grito inmenso,
una herida abierta de espanto.
Y sólo estaba el árbol del dolor,
el cuerpo solo, el espíritu torturado.

No sentía los brazos, las piernas.
El dolor había borrado mis contornos.

Les dije, les imploré a mis captores:
Los dedos no.
Por favor, los dedos no.
Pero una a una me arrancaron las uñas
y aún sangrando,
se las enviaron a mi padre.

Sobrevino entonces el silencio.
Y escuché
que todos los árboles del monte gritaban;
todos los pájaros, todas las estrellas
gritaban en mi nombre.

Te dije:
Oh cuerpo mío,
¿Por qué no te desprendes de mí?
¿Por qué te aferras cuando bordeo la muerte?

Para entonces yo no tenía cuerpo.
Era sólo una carne palpitante
arrojada a las bestias del monte,
un miserere susurrado
por los labios exangües de un muerto.

4

Estoy aquí.
Descanso sobre un túmulo de hojas.
El descansar es un decir.
Mi cuerpo sólo quiere sumarse a la tierra.
Pero algo lo detiene.
Un último aliento aletea como pájaro
en el pecho
y vuelve, a ratos, a la vida.

Llueve.
Sé que llueve. Siento la lluvia.
Escucho el agua caer sobre el monte.
Las hojas murmuran.
Las hojas de los altos robles me hablan.
"Vuelve a la vida - me dicen,
recupera tu cuerpo."

Los ojos se abren y la luz me inunda.
Los dedos duelen, pero ya son mis dedos.
La lengua de una bestia lame mis pies.
Estoy descalzo y siento el calor de la saliva.

“Torna a la vida”, dice el corazón.
Y empiezo a escuchar el reflujo de la sangre
en la tarde de noviembre,
bajo la lluvia y los truenos y los relámpagos.

5

Pienso en el dolor. Quiero hablarle.
Lo busco por todo el cuerpo
y lo encuentro
en las uñas fantasmales,[1]
en los ojos cruzados por las sombras,
en la garganta que traga saliva
y grita como si tragara piedras;
en el estómago que gruñe
reclamando el alimento;
en los pies lacerados,
en la espalda arañada por las zarzas.

Pienso en el dolor. Quiero hablarle.
Preguntarle por el sacrificio
de las gallinas degolladas
y de las vacas que sesteaban en la tarde;
por las hormigas aplastadas por los pies
y el ave destrozada por el gato
y el ratón tuerto que vivía en mi jardín.

1 Al poeta Tubérculo le han arrancado las uñas de los dedos de las manos. La sensación de la existencia de las uñas aún persiste.

Quiero hablarle, preguntarle
si en ellos también estaba el dolor,
si en las hojas de los árboles al caer,
si en los peces que agonizan a la orilla del cauce,
si en la hierba que se marchita,
si en la vibración y el estallido de la chicharra.

Pienso. Se nubla mi mente.
Alguien se baña desnudo en el río.
Fluye su sangre al tropezar con una piedra.
Grita y yo entiendo su dolor.
Míos son sus pies y sus dedos heridos,
y la sangre que brota y se la lleva el agua.

6

No hubo súplica,
poder humano o divino que lograran liberarme.
Solo el dinero abrió la puerta de la jaula.

Recorro las calles,
aún con la soga ciñendo mi cintura.
Los árboles a los que estuve atado
aún me siguen.

Aún me fustigan con palabras,
con hierros oxidados.
Aún me dicen "Poeta, libérate"
y a mí me sangran de nuevo los dedos,
los ojos, los oídos, la nariz, la boca.

Estoy enfermo.
He de admitir que estoy enfermo.
Me enferma esta vida,
esta patria, esta estupidez de gentes,
este andar a diario
y ser llamado
"restos de un alguien que antes fuera",
"el pobrecito del poeta."

7

Yo estoy aquí, quieto, sin ofender a nadie.
El mediodía ronda mi cuerpo y lo incendia.
¿Y tú vienes y preguntas por El Mañana?

Ve,
pregúntale al poeta que salió hoy en la prensa.
Él, que tanto habla de la vida y de la muerte,
del amor y el desamor.
Él, que dice ser el faro del mundo
y ustedes simples náufragos en el mar de los tiempos.

Ve y pregúntale, pregúntale a esa pobre criatura,
esclava de la palabra y las vanidades.
Acaso ella responda:
"El Mañana resplandece en tus ojos"
y otras tantas cosas que se dicen sin decir nada.

Yo solo estoy aquí, quieto,
en este ahora, bajo el sol, sin ofender a nadie.

Dime:
¿Quién te dijo que yo era un profeta?
¿Quién te dijo que yo te salvaría de ti mismo?

8

Esto me han preguntado:
"¿Si tu casa ardiera en llamas,
qué libro salvarías?"

Yo les he respondido:
¡Imbéciles, me salvaría a mí mismo!

Creo que esto los ha molestado.
No han vuelto por mi casa.
Bien sé yo que quieren un poeta mártir,
sentir el olor del humo
y la carne chamuscada.

Yo, paradójicamente,
moriría por salvar mi vida,
como lo harían las gallinas y los cerdos,
las vacas y las cabras,
y todas las criaturas simples del campo.

9

Salgo a caminar.
Dos obreros vienen a mi encuentro.
Me dicen:
"Que Dios te bendiga, poeta.
Te queremos vivo por siempre"

Yo callo.
Pero hubiera querido confesarles:
Ojalá hubiera sido el carnicero del pueblo
para que ustedes me dijeran:
"Te encargo para mañana una libra de huesos
y una costillita de cerdo para mi amada."

De esta forma, y sin ofensas,
me sentiría mejor.

10

Esto me han reclamado:
"Es la canícula.
El sol anda por encima y por debajo de la tierra.
Había un árbol, pero se ha secado.
Si al menos tus palabras sirvieran
/para hacernos sombra."

Yo vuelvo sobre esto una y otra vez.
He aquí la inutilidad de mi oficio
/en tiempos terribles.
No digas de mí que soy poeta
si con las palabras no puedo hacerte sombra.

Si al menos pudiera hacer crecer un árbol,
al decir: crece árbol.
Todos saben que un árbol al mediodía es mejor
que un poema.

Sueño con hablarles del agua,
y que al nombrarla brotara de la peña.
Pero esto es asunto de dioses y mesías.
Yo sólo soy un hombre preocupado por la vida.

III

¡PALABRAS! ¡PALABRAS!

I

No se moverá una hoja por mi palabra
ni florecerá el rosal de tu jardín
con mis poemas.

Los huracanes vienen y van,
y sólo me he es dado estremecerme
y buscar refugio.

Desde el refugio
veo levantarse las tempestades,
veo deshacerse los capullos de tu jardín.

Ni en la creación ni en la destrucción
ha intervenido mi palabra.

Hay algo más grande que ella
y con creces la supera,
algo más que tú y yo y todos juntos,
la pulsión irrefrenable de la naturaleza.

2

De asombro en asombro,
sin tregua alguna,
va la tempestad mostrándome
su poderío.

Primero fue el jardín
hecho triza,
las siemprevivas, las rosas,
las violetas;
luego fueron los árboles del cerro
de los que nunca creíamos
que caerían.

Ahora es la casa en la que habito.
No sé si empezó a desmoronarse
con los árboles,
o sólo ahora en que miro hacia arriba
y sólo veo el ojo violento
del cielo.

Bajo los escombros mi corazón
se estremece.
No estoy asustado sino lleno de asombro.
Grandes y poderosos brazos
de agua y viento
se agitan convulsos y lo derrumban todo.

La primorosa fuente del mono
y de los pájaros,
se ha ido con el mono y los pájaros,
calle abajo,
arrastrados por un río.

Todo cuando fue no es.
Todo está boca abajo:
la pared, la ventana, el árbol,
la baranda del puente.

El carro que bramó veloz
sobre el asfalto
ahora yace con su panza hacia arriba,
hostigado por la lluvia.

La tempestad me causa asombro.
De lo grande, no me cabe en los ojos.
Lo sublime que hay en ella
devasta mi espíritu, y bajo las ruinas,
permanezco en suspenso.

3

He escrito al ver el rocío:
"La noche ha dejado
sus huevos de cristal sobre los pastos.
Fríos y frágiles se quiebran al caer
o se evaporan al despuntar el alba."

Luego he pensado:
Cuánta brisa venida del sur,
cuánta humedad no cruzó el océano
para llegar a este valle;
cuánta nube y vapor de agua,
cuánta labor de tierra y de vegetales
para que en el ápice de los pastos
temblara esta gota de rocío.

No pude menos que sentir vergüenza.
Me he dicho:
en tu cabecita de enfermo,
oh tú, culebrero de feria,
barajas las palabras.
Pasa de largo, poeta indolente.
Deja que la naturaleza luzca
sus milagros.

Vete a trabajar al campo o lima tus uñas.
No llames “huevos de cristal” al rocío.
La noche no es gallina de tu corral.
Sé respetuoso con aquella que te da
y te puede quitar la vida.

4

Busco sin hallar nada.
Busco un respiro.
Busco la palabra que encarne la vida,
un ser que, salido de mí,
rodee mi cuello con sus brazos
y me robe el aliento.

Un ser de carne y hueso,
que tenga brazos y piernas
y una piel que huela a piel,
a sudor salobre y a sexo amargo.

Busco la "mala palabra"
por ser certera,
por estar tan llena de piel y de cuerpo,
por ser blanca y negra,
por no tener escrúpulos de encararte
y quitarte la vida.

Busco, palpo con los dedos
la textura de las injurias, las ofensas,
el ultraje, el agravio, la infamia,
el desprecio, el escarnio, el oprobio,
el dedo que señala y aniquila.

Busco, barajo como un mazo de cartas
“las malas palabras”,
las sudorosas, las frías, las cortantes,
las afiladas.
Busco la palabra “puta”.
La encuentro y retozo con ella.

5

No sé por qué dicen que la palabra “puta”
duele tanto.
Yo examino de cerca la pata de la “p”,
el vientre cóncavo de la “u”,
los brazos abiertos de la “t”
y esa “a” que parece estar siempre
con la boca abierta.

Sus letras, solas, son inofensivas,
pero si se juntan, dicen, ofenden,
hacen hondas heridas que no sanan.

Y, sin embargo, la palabra “puta”
es linda.

Yo la miro de cerca, curiosamente.
Ella me guiña un ojo y me lleva a la cama.
La “p” clava su pata en mi vientre,
La “u” vacía en mí sus líquidos;
La “t” me abraza como nunca nadie
lo había hecho;
y la “a” se queda absorta,
como al borde de un orgasmo.

Yo sigo pensando que no a todos ofende.
La palabra "puta" es linda
¡Y me da un regusto cuando me toma de la mano
y me conduce tan dulcemente a la cama!

6

Cantad, cantad, hijos de puta.
Que puta y noble fue vuestra madre.
Mujer más noble y más puta,
más dueña de sí no hubo en el orbe.

Dale a vuestra madre el derecho
que tiene sobre su cuerpo.
Describidla como mujer no como rosa.
Dale orgasmos,
dale cuerpos de hombres ardientes,
dale una mano de hembra en celo
que busca y encuentra la flor del deseo.

Dejad que crezca su vientre.
Olvídate de las cigüeñas que traen los niños.
O del sagrado deber de la procreación.
Si estás aquí es por un orgasmo.
Si el mundo existe es por el placer.

Afirma tu cuello y deja de ser tonto.
¡Qué bella y puta tu madre!
¡Qué puto tu padre!
¡Qué dueños de sí mismos, del mundo!

¡Qué encanto de seres,
en medio de tantos seres y selvas,
y ríos y valles y montañas!
Todos tan dueños de sí, tan plenos,
tan presentes.

7

¡Palabras! ¡Palabras!
Las prostitutas feas del lenguaje
nos devuelven el aliento.
Benditas seáis malas palabras,
que al doblar la esquina
me apuñalan,
me hacen sangrar
y se esfuerzan
por hacerme sentir vivo.

Benditas por esa quietud
que viene después de la ofensa,
la reflexión,
la luz que hay al final del camino,
y logro mirar,
por fin puedo ver,
como quien va por un camino
de cuchillos y ya no cae.

Me levanto de la sepultura.
Mi boca se llena de palabras luminosas.

Salen de mi boca,
saltan como animales,
mordisquean mis dedos,
me hacen muecas
y se alejan
como hijos amados,
como amigos que uno bien sabe
que volverán.

8

La palabra “mico” salta de una rama
a mis hombros.
¿Pesa?

Depende, ¿pertenece a los monos titíes
o los monos ardillas?

Simplemente está en mis hombros,
brinca y existe.

La palabra “mico” me saca los piojos
y se los come.
Al pasar por una arboleda,
desaparece en las frondas.

Me queda sólo el roce de sus dedos,
sus yemas escarbando en mi melena;
y el ruido
de la pequeña explosión de los piojos
que estallaban entre sus dientes.

9

Pronuncio la palabra “Hola”
y me saludan todos los pueblos del mundo.
Todos los hombres, todas las mujeres
levantan la mano y sonríen.

Niños de todas las razas agitan banderas blancas
a la orilla de los caminos.
Me reciben los ancianos con besos en la frente,
me abrazan, me retienen.

Digo “Hola” al nuevo día.
Sale el sol y resplandece la faz de la Tierra.
Es la hora de la vendimia.
Los cultivos se llenan de gente y todos cantan.

Gira el girasol como otro rostro de hombre
seducido por un rayo de luz
que atraviesa la arboleda;
gira el planeta y las horas.
La humanidad renueva su piel y canta.

10

¿La palabra “Palabra” de qué está hecha?
¿De hambre, de hartura, de tierra, de agua?
¿Por qué cuando la quiero atrapar
se escapa de mis manos,
se queda como suspendida en el aire?

¿Por qué levita?
¿Por qué se instala en todo el orbe
como un dios pagano en su trono?

Tiene su cuerpo un olor recóndito,
sólo un olor puro listo a oler a todas las cosas.

La palabra “Palabra” son todas las palabras.
Y un murmullo, nada más,
de humanidad en pleno
instalado en la punta de mi lengua.

IV

ELUCUBRACIONES

I

Pongo en ti mis ojos.
Me miras.
Yo hago como quien observa
las copas de los árboles.

Es caluroso el día.
Te abanicas con las manos.
Me ignoras.
Te olvidas de mí
o te acostumbras a mis ojos.

Me haces creer que eres vulnerable
pero en verdad
eres una mujer malvada
que finge ser ingenua.

Corre por tu cuello el sudor.
Lo huelo.
Me distraes.
Me pierdo en esa gota viscosa y brillante.
Pero no me engañas.
Vuelvo sobre tu esencia.

Mueves los brazos.
Te dejo andar, correr,
detenerse de pronto y mirar un guijarro.
Te advierto:
Ten cuidado con tus palabras,
cuida las cosas que me dices.

Te tengo vigilada.
Entre ojos te tengo.
¿Cuántas veces me has engañado?
Siempre.
Por siempre.

Eres mi mente.
No quiero volver a ahogarme
en tus aguas.
Te observo desde la orilla bañarte,
atento,
temeroso que me ataques,
me confundas.

Sé de lo que eres capaz.
Mañosa y pérfida,
me guías por caminos estrechos,
me empujas por la ladera
que termina en los acantilados.

Pero aún,
desde el fondo de los acantilados
te vigilo.
Te advierto:
Ten cuidado con tus palabras,
cuida las cosas que me dices.

2

Aquí está el ruido.
Me persigue todo el día.
No sé si está allá afuera
o aquí adentro.
Quiero apagarlo.

Aguzo el oído.
Lejano,
sobre una peña de cal,
grazna un cuervo.

Alguien dejó caer
una cuchara de cobre
en un pueblo triste
en medio del calor y el polvo.

Me alejo aún más.
Una estrella se desprende
y silba al atravesar el espacio.
Los hombres se lamentan al verla morir.
Pero no es ese el ruido.

Percibo el chapoteo de una estela
que cruza el mar Caribe
y el rumor de un barco
que va borrando su huella.

Cruzo las aldeas,
los campos, las estepas,
los océanos;
pero el ruido está ahí,
allá afuera,
tal vez aquí adentro.

Intenso, desagradable,
persistente.
No importa a dónde vaya,
el ruido siempre está conmigo.

Leo a Séneca[2]:
No busques la paz afuera
si no la tienes adentro.
En un prostíbulo
hallarás más quietud
que en la inmensas
y despobladas llanuras del planeta.

2 El poeta se refiere al libro Espístolas Morales a Lucilio, escrito por Séneca entre el 62 y 65 d.C. El tema aludido en el poema se halla en la carta No. 28. Séneca le recomienda a Lucilio que no hay que cambiar de lugar sino cambiar el estado del alma para hallar la paz. El poeta parafrasea a Séneca. El ruido interior es equiparable al malestar de la mente y el alma.

3

Si soy lo que pienso de mí
y en mi pensar me encarno;
si soy el poeta que digo ser
al decir: soy poeta.

Y todo radicara en el pensar,
¿qué tal si perdiera la memoria,
si de un golpe, y de pronto,
ya no fuera el mismo?

Tal vez volvería a nacer.
Tal vez volverían mis hermanos
a enseñarme a escribir,
a hablar, a caminar,
a amar de nuevo.

Y, sin embargo,
sería gran cosa olvidarme de mí
y ser un jornalero que, en la tarde,
apoyado en su azadón,
escucha el canto del toche
y no piensa.

Mejor aún,
ser el toche que oculto en la arboleda,
observa al pobre jornalero
cansado y conmovido,
llorar por su canto.

4

Si digo que no existo,
¿en verdad, dejaría de existir?
Y si no existiera, ¿cómo es posible
que me pregunte si existo?
¿Y si no me preguntara no existiría?

Existe el árbol de samán y la vaca
que a la sombra sestea;
existe el pez y el río que pasa,
existe el cielo y el águila
y la lombriz y la oscura tierra.
¿Se preguntan ellos, dicen:
he aquí que existimos
o hemos dejado de existir?

Acaso no sea esa la pregunta
que he de formularme.
No esa la preocupación que consuma
mis días.
Me he de preguntar:
¿Por qué no soy como las aves o la hierba,
el río o el pez, el árbol o la vaca?

La consciencia responde:
“Estoy aquí. ¿Me escuchas?
Yo soy la que no te teja en paz;
la que te cuestiona y, sin embargo,
te hace libre y humano.
Perdóname.

Puedes cortarte la cabeza
o asfixiar tu corazón entre las manos.
Moriré contigo.

Porque yo soy tu verdadero 'yo',
la que no te deja ser lo que anhelas:
un solo cuerpo con el mundo.
Perdóname.”

5

Cuerpo, cuerpo mío,
¿existes por mí o a ti debo mi existencia?

¿Estás en mí o soy yo el que yace
ovillado en tus entrañas
viendo con ojos atónitos
la reciedumbre de tus piernas,
la flor encarnada de tu ombligo,
la amplitud y exudación de tu pecho,
tu rostro atezado, tu boca roja?

¿En qué lugar de tu pecho,
en qué gorgoteo de órganos internos
existo?

Y esta voz,
esta consciencia de mí y de ti,
¿soy yo o eres tú?

¿Quién de los dos fue el primero?
¿Quién estuvo oculto en la sombras
esperando que el otro naciera?
¿En qué momento se produjo el milagro?

Cuerpo mío,
¿por qué cuando intento hacerte daño,
la sangre activa sus alarmas,
y un impulso atávico
detiene la mano que sostiene el chuchillo,
y con garras y con dientes
te enfrentas a mí para salvar tu vida?

¿Qué será de mí cuando tú mueras?
Solo, triste, en el centro de ti,
¿moriré contigo
o flotaré en el éter, ya sin voz,
sin seso, sin consciencia?

Sólo sé que eres cierto,
tan real como esta tierra dura
que mi pie siente como firme y cierta.

6

Los árboles:
siempre los mismos.
La misma hoja,
la misma rama,
la misma semilla,
la misma flor.

Los hombres, en cambio....
¡Dios mío!

Una hoja de brachiaria,
en la loma o la llanura,
es la misma.
Crece, reverdece,
alimenta por igual al ganado.

Los hombres, en cambio...
¡Que entre el diablo y escoja!
¡El infierno estará de fiesta!

Pienso en el agua,
en el agua de esta fuente,
siempre igual a sí misma.
Pasa y torna verde la pradera.
Quita la sed y salva vidas.

Nunca una piedra
ha querido ser emperador
o postularse a reina.
Una cerca de púas
es una cerca de púas.
No quiere ocupar una silla
en el concejo del pueblo.

Ellos todos son iguales
a sí mismos.
En cambio, los hombres:
ay, mis padres,
mis hermanos,
mis ancestros,
nunca han sido,
nunca han estado,
nunca están, nunca son.

¿Estaré yo, seré siempre yo?
Ay, me ganan el cerco,
el ave, el árbol, el agua,
la piedra que no quiere ser emperador.

7

El tiempo está en mí, en ti.
No fuera de nosotros.

El tiempo somos nosotros,[3]
tú y yo mientras hablamos,
mientras me preguntas qué haré mañana,
qué hice ayer
y por qué ahora estoy triste
o ido, como se van las garzas
al atardecer cruzando el lago,
mientras sus imágenes se diluyen
sobre el agua.

Me preguntas si viviremos mucho tiempo,
si envejeceremos juntos,
si la muerte, si los años, si los días...
Todo esto: impresiones del alma.

Viviremos todo el tiempo –te contesto.
Eternamente la pequeña porción de tiempo
que nos corresponde.

---

3 Esta frase es atribuida a San Agustín. Para él, el tiempo es sólo una construcción de nuestra mente. Nuestra percepción del tiempo está íntimamente ligada a nuestra existencia. Este es el concepto que retoma el poeta cuando se refiere al tiempo.

8

Un reloj en la pared es un reloj.
Un minuto es un minuto.
¿Quién lo discute?

Pero el tiempo es lo vivido.
Y lo vivido es esto:
el beso que me diste ayer y hoy añoro,
el abrazo y el puñal en el costado.
Y por igual esos seres llamados hijos,
hermanos, familia.

Ese es el tiempo.
No te estoy hablando de relojes,
no te hablo tampoco de La Historia
ni del destino de tu patria.

Yo hablo del tiempo de tu vida,
de tu intensa y pequeña vida
que es más grande que la Historia y la ilumina.

Los relojes pertenecen a la Máquina del Mundo
que tritura hombres y suma,
funda inexpugnables fortalezas y baluartes.

9

¿Qué fue el ayer?
Una sucesión de instantes que no se repiten.
¿Y estuve yo en ellos?
No. Sólo en algunos.

Es difícil estar siempre en el instante.
El mundo reclama nuestro aliento,
bebe a grandes sorbos nuestras vidas.

A veces te sustraes del mundo
y es como si te salieran alas y ascendieras.
Y entonces,
suspendido sobre la Gran Máquina
la ves triturar gente, macerar cadáveres.

Sólo en ese instante estás vivo.
El ayer fueron los instantes en los que estuviste vivo.
Las veces en la que supiste el tamaño de tu existencia.

10

Abro la ventana.
Respiro.
Mi mente se va hacia el oscuro horizonte.
Es la noche y no hay estrellas.
Pienso otra vez en la vida y en el tiempo.

Hablo contigo:
Este instante en el que existo
es tan cierto como ese árbol de almendro
que está en mitad de la noche.

Lo que fui, en cambio,
es esa hoja que cae y se suma a la tierra.
Mas esa hoja que fui y ahora es sombra,
alimenta ese árbol que ahora observo,
este instante en el que estoy vivo.

V

DILE A LA MUERTE QUE ESTOY LISTO

I

Escuché que un hombre lloraba
y sentí compasión de él.

Esto decía:

Amor mío, vamos a morir.
Y nosotros con tanto amor
y con tan poco tiempo para querernos.

El tiempo que todo lo cambia,
acabará con nuestras vidas.
Seremos pasto para ganado.

Enterrados en la suave colina,
cercanos o lejanos nuestros cuerpos,
ya no podremos tomarnos de la mano
ni besarnos en la frente.

La adelfa se ha secado.
No hay flores al viento.
Sólo nuestras mejillas hundidas.

Ya se encorva nuestra espalda.
Sin luz están nuestros ojos.
¿Eres tú la sombra que me habla?
Y, en verdad, ¿me hablas?

Los oídos se han apagado.
Cada vez estamos más solos
encerrados en nuestros cuerpos.

Y nosotros con tanto amor
y tampoco tiempo para querernos.

Amor mío, vamos a morir.
Seremos enterrados en la suave colina.
Seremos pasto para el ganado.

2

La espiga de pasto que crece frente a mi casa,
es eterna en este instante.
Eterno también el viento que la mece,
y el ojo que la acuna.

Mas no la gloria.
La gloria es un recuerdo momentáneo
de un futuro olvido.

La espiga morirá, ella lo sabe;
o no lo sabe, da lo mismo.
No hay en su delgadez de hierba dolor de hombre.

Dulce ahora se mece.
Dulce, sin gloria, sin olvido.
Dulce, eterna ante mis ojos.
Eterna, innombrada, como yo en este instante.

3

La vida es este instante en que estoy vivo,
en que escribo que estoy vivo.
No es un fui o seré.
Es un ahora que no pasa,
un estar aquí y ser eterno.

Lo demás son figuraciones de la mente:
el fantasma de lo que fuimos,
la muerte que fue o será.
Inclusive,
la nostalgia de haberte amado
o el temor de perderte en el futuro.

La vida es este engranaje de sangre y huesos.
Es este estar aquí respirando,
escribiendo este poema, diciéndote que estoy vivo.

4

Imagino el instante en que todo acaba.
Estoy sombrío y triste
escuchando ladrar los perros.

Has muerto -me exhorto.
Nada queda de tu atormentado espíritu.
Nada queda.
Sólo tu cuerpo en la parrilla del horno.

Ahora crepitan los tejidos.
Ahora sale humo y la familia llora.
Ahora ya ni siquiera eres cuerpo.
Ahora eres un puñado de ceniza en un frasco.

Ahora se acaba tu huella.
Ahora todos van a sus casas
mientras repasan una a una
tus bellas imágenes, tu forma de hablar,
de caminar, de odiar y amar.

Ahora ni siquiera tienes nombre.
Ahora sólo sopla una brisa suave
sobre el césped del cementerio,
y se mueve ligeramente un crisantemo
que colocó sobre el túmulo un desconocido.

5

En El Jardín[4] hablo con Epicuro.
La mañana es clara y fresca.
Sobre la hierba picotean los tiranuelos
y ya hartos de comer insectos,
vuelan al flexible bambú
y se balancean sobre las ramas.

¿Por qué temer la muerte -me dice-
si cuando la pensamos no existe
y cuando llega ya no existimos?

Recojo del camino un escarabajo muerto.
No hay nada más que su caparazón vacío.
Nadie lo ha extrañado ni lo llora.
Lentamente va desapareciendo.

Devuelvo el caparazón a la tierra.
Vuelvo a casa meditativo.
No es el asunto de la muerte lo que me preocupa.
Es cómo sentirnos vivos mientras estamos vivos.

¿Se sentirá vivo el tiranuelo silbador en la rama?
¿Temerá el tiranuelo silbador a la muerte?

4 El poeta alude a la escuela filosófica denominada el Jardín, creada por Epicuro en el 306 a.C. en las afueras de Atenas.

6

Esto me digo, una y otra vez:

Vas a morir.
Abandónalo todo.
Desnuda tus pies,
cúbrelos de tierra.
Hecha raíces.
Crece como un árbol.
Sé un árbol sobre la colina,
acoge al conejo y a la cabra,
cuida las hierbas que ellos han de comer.

Permanece aún inmóvil
cuando las hormigas voraces
coman tus hojas;
y cuando vengan los amantes,
dales sombra y refugio,
arroja en sus manos un fruto
para el hambre.

Deja que en tu corteza tallen
corazones entrelazados
y cuando el amor termine
bórralos compasivamente.

Una gaviota migratoria
en ti descansa.
Dale la rama más alta.
Arrúllala
y protégela de los malos.

Deja que el viento
traiga el olor de las distancias,
el olor de la tierra salvaje y la labrada,
el olor del río y los caballos
y el océano.

Respira. Llénate de ti.
Es tan dulce estar vivo y sentirlo.
No pienses.
La tarde pasa.
La noche, que es la muerte,
recíbela con los brazos abiertos.

No tengas miedo.
Hasta los dioses se desvanecen.
Se van las hormigas
y los amantes.
Sólo nos es dado vivir en plenitud
y morir en calma.

7

Creyéndome mensajero divino,
me confrontas, me impides el paso,
me violentas.

"¿Y qué hay de la desazón del mundo?
¿He de morir en calma?
¿Bajo qué piedra esconderé la guerra,
el hambre, la peste, el exilio?"

Dices esto y palideces frente a mí.
En tu delgadez de hombre
no cabe más que la ira.

No soy profeta alguno.
Sólo tú lo crees en tu infinita ignorancia.

Dentro de los límites de mi existencia,
no te digo yo cómo has de morir.
Tan sólo que la muerte no te perturbe
ni que tampoco te olvides de ella.

Llegado el momento esperado,
que en tus manos esté,
solo en las tuyas,
los distintos y sutiles modos afrontarla.

8

En lo profundo del bosque hay una flor.
No sabe mi nombre ni yo he de nombrarla.
Levantados del polvo, viviremos
sin conocernos nunca.

Sometidos a la inmutable ley de la vida,
moriremos extraños y distantes.
Ella, acaso, en un claro del bosque;
yo, en la penumbra de mi cuarto.
Y los dos seremos todo y nada,
unidos otra vez a los elementos de la tierra.

Dejemos entonces la soberbia.
Hermanado con todo lo viviente,
viva yo agradecido y muera en silencio.

9

Esta serpiente unida a mi tobillo,
a punto de segarme la vida,
no es menos inocente que un pájaro.

Entonces, ¿por qué tanta rabia,
tanto empeño en matarme?
Desde los albores del mundo
has visto en mí a tu enemigo
y he aprendido yo a temerte.

Hermana mía,
tú, que de pájaro sólo te faltan las alas,
olvidemos lo aprendido.
Déjame libre e ileso,
déjame volver a casa.

Desata tu rabia de mi tobillo
y vuelve tú al arroyo,
oh, solitaria,
a fundirte con los cauces.

El mundo es ancho y grave.
Ni tú ni yo queremos la guerra.
Vivamos en paz.
Los dos somos inocentes.

10

Me pregunta la golondrina:
¿Cuál es el peor de todos los males?
¿La muerte?
No -le digo- las pasiones humanas.
¿Cuál es entonces el mayor de todos los bienes?
¿Estar vivo?
No -le explico- la paz interior.

La golondrina se aleja.
No entiende.
En ella no habitan las pasiones desbocadas,
ni sabe eso de la paz interior
aunque ella esté plena de sí misma.

Esto pienso mientras se aleja:
ya quisiera ser golondrina
para no estar dando explicaciones
ni a las aves ni a los hombres.

VI

LAS MASAS

I

Morirán las masas sin saber que han vivido,
morirán por millones sin saber que fueron tantas.
Nacerán otras que ocuparán los espacios vacíos.
Se instalarán en las calles, las casas,
los cines, los teatros, los estadios de fútbol,
las plazoletas, las ágoras, las universidades,
el puesto en el autobús, en el tren, en el avión,
reclamarán su lugar en la cama, en el camarote,
en el lecho improvisado.

Correrán en estampida por la orilla de los ríos,
por las playas donde el mar se ha retirado.
Pisotearán las selvas, las montañas, las colinas.
Reclamarán el confort, las cópulas sublimes,
las fiestas, el dinero, los viajes.

Morirán en un ciclo eterno, ignorantes y felices.
Unos muy pegados a los otros,
como en un solo cuerpo bestial y compacto.
Morirán analfabetas, aunque lean y escriban.
Morirán sin voz, sin manos, sin rostro.

No sabrán del águila feroz que come mis entrañas,
ni del porqué, ni del cuándo, ni del cómo
de la existencia.
Están ahí, respiran, y en ocasiones las envidio.
Las veo pasar como un río.
Sumerjo mis pies desnudos en ese río y cierro los ojos.

2

Leo a Heidegger[5]
Me veo reflejado en el "Dasain"
y me espanto.
Es alto el precio a pagar.
No quiero ser salvado
a cambio de inquietud y sufrimiento.

Quiero hundirme entre las multitudes
y que no se diga de mí por aquí pasó,
vestía tal camisa,
sus orejas y su boca eran así,
y su cara era como una tempestad
en descampado.

No quiero tener piernas
y estar inmóvil,
paralizado en las arenas movedizas
de la consciencia.

---

5 El poeta se refiere a los conceptos "Dasain" y "Das Man" (El Uno) expuestos en el libro El Ser y el Tiempo, de Martin Heidegger. Estos conceptos permean los poemas que conforman el capítulo denominado Las Masas.

Busco, en cambio, borrarme,
no ser.
no estar.
Entrar en El Uno y no salir nunca.

Gritar como loco.
Desnudo salir corriendo
y que entonces digan de mí
por aquí pasó con los de su especie
y no se le reconoció
ni hubo señales de su existencia.
Sólo era él y las multitudes,
sólo una masa de gentes que corrían.

Sería otra forma de morir
mientras se está vivo.
Pero entonces sería feliz.
Infinitamente ignorante y feliz.

3

Entre las multitudes me pierdo,
comparto sus brazos, sus piernas,
danzo y abrazo con sus piernas y sus brazos
a otros cuerpos en los que me fundo.

Voy junto a los hombres,
con ellos avanzo como hordas,
como terribles bestias en una estampida.
Huelo la hierba y resoplo.

Donde va el uno va el otro
y voy yo con ellos,
irreflexivo,
instintivo,
tenaz, feroz, feliz.

Me muevo como se mueven las olas,
inmerso en ese lento y potente arrullo lunar,
azuzado por los vientos
y la euforia de estar vivo y gritar.

Me pierdo,
sucumbo en El Uno que somos todos.
¿La vida es eterna o efímera?
¿Qué es el tiempo? ¿Moriré mañana?
¿Qué somos? ¿Hacia dónde vamos?

¡A quién le importa!

Se vive bien, se siente bien,
ser otro más en la masa,
otro grano de arena en la playa oscura
y fútil de la historia.

4

Las vastas tierras del mundo,
los hombres poblando el planeta,
las culturas extrañas, diversas, semejantes.
¿Quién soy yo en medio del mundo?

Otro más que respira, come, orina.
Miradme: soy un don nadie.
El día que parta no habrá ningún vacío.
Y, sin embargo,
nunca la dicha había alcanzado tanto.
Anónimo e ignorado
soy tremendamente feliz.

Recorro las calles.
¿Quién eres? -me preguntan.
Yo respondo:
otro entre tantos,
una hoja sumada a otra hoja en el otoño,
una garza blanca entre una bandada
de garzas blancas,
un cardumen de peces,
una gota de agua en el río,
una voz sumada a un millar de voces.

He aquí que no soy nadie y soy todo.

5

Corremos por la llanura.
Somos una horda de hienas hambrientas.
Comemos sin pudor y a escondidas
la carne ensangrentada.
Y no tenemos consciencia del mal que causamos.
Así ha sido siempre y no es hora de cambiar la historia.

Me uno a la manada más atroz.
El que manda tiene los colmillos más grandes.
Pero entonces somos presa de los fusiles
y caemos todos, sin arrepentimientos,
dolidos por no descuartizar a quien nos agrede.

Levanto la cabeza.
Alguien me la aplasta con una piedra.
Y aquí no ha muerto nadie porque yo no soy nadie.
Yo soy la masa convulsa, sin rostro, sin nombre.

6

Ha llegado la hora del arrepentimiento
y sufro.
Por donde voy me agreden las pasiones.
Lo que más odiaba ahora está en mí,
adherido a mi carne.

Donde estoy yo están ellas
y con ellas los hombres,
ciegos, atormentados, sagaces en el engaño
y la burla.

Me retuerzo.
Del cardumen me desprendo.
Salto como un pez fuera del agua.
Agonizo en la orilla.
La conciencia vuelve y con ella el dolor
de no formar parte de nada, de nadie,
y estar solo, infinitamente solo
y vulnerable.

No se puede ser lo que nunca se ha sido.
Sólo fingí ser de la masa.
Sólo estuve un verano, una estadía en la playa.
Pero vuelve la conciencia,
vuelvo a tener ojos, rostro, manos.

La claridad vuelve y muestra
la verdadera dimensión de las cosas.
Veo pasar la masa frente a mí,
tan febril, tan bestial
que me dan escalofríos y espanto.

7

Triste,
infinitamente triste me alimento,
engordo, gano peso.
Rosadas están mis mejillas.
Sanos y robustos están mis miembros.

Tengo los dientes blancos,
más blancos que los dientes de los hombres
antiguos.

El mal olor de mi boca se ha ido.
Ya me pueden besar sin sentir asco.

Y no me duelen los huesos,
ni la piel está manchada.

"Este siglo es el mejor de los siglos",
oigo decir a mis espaldas.

Y yo vuelvo, vuelvo sobre mi Ser.
Me miro al espejo y, poco a poco,
me veo transformado
en un bello y triste cerdo.

8

Robusto y saludable como un cerdo,
avanzo por el campo.
Hundo mi hocico en el pantano.
Me revuelco.
Dejo que las moscas me persigan.
Me quedo dormido
y despierto listo para ser sacrificado.

Robusto y saludable,
alejado de todos los dolores corporales,
he traspasado el dolor a mi alma
y enferma anda por el campo,
tropezándose ciega y sin sentido.

¿Quién diría de mí que estoy enfermo?
¡Yo, tan rubicundo y saludable!
¡Ay, si tuvieran ojos para el alma!
¡Qué rara les ha de parecer!
La verían de lejos.
Alguien voltearía la esquina a propósito.
Otro fingiría observar el celaje.

Pero he aquí que nadie ve mi alma.
Sólo yo, al volver sobre mi ser,
la presiento delirante y vacía,
llena de aire, de viento y de nada.

Pasa un río bajo el puente.
Su vientre henchido de barro gruñe.
La quiere llevar.
Mi alma cierra los ojos y salta.

9

Nosotros, los ilustres comensales,
devoradores de primera línea,
abrimos la mandíbula
para mostrar nuestros dientes
a la vaca o al cereal,
al árbol de manzanas
o al hombre.

Da igual
lo vegetal o animal.
Lo mineral va para nuestros autos,
nuestras casas,
la loza blanca siempre limpia,
las avenidas por las que transitamos.

¡Asombroso!
¿No se acabará acaso el mundo
con tanta gente devorándolo todo?

El hambre no da espera,
me dicen.
La febril urgencia por sobrevivir
no contempla escrúpulos.

Al igual que el águila con hambre,
matamos en pleno vuelo.
Y devoramos el cadáver sobre una roca
sin cargos de conciencia.

Sólo una salvedad en el símil.
Del águila no tenemos sus alas
y jamás nos saciamos.

Imagino un verde plantío.
El sembrador,
entre la humedad de los surcos,
lo contempla y sueña con la vendimia.
Luego una plaga viene y lo devora todo.

Vísceras de vegetales,
huesitos por aquí y por allá,
sólo quedan en los surcos.
Y un zumbido de enjambre que se aleja.

10

Contemplando la vastedad del mundo,
me ha dado en pensar estas cosas:

Todas las tierras del mundo
tienen dueño.
Ya no podrás deambular
por los campos baldíos.
Saldrá a tu paso
una jauría de feroces reyezuelos,
altos muros y tensos alambrados.

De ellos, sólo de ellos
son las llanuras,
las montañas, las selvas, el agua,
los animales.

Tú te conformas con poco.
Confinado estás en la ciudad
y deliras.
Levantas para ti una cárcel
y la llamas "mi casa."

Tú, hombre insignificante,
arrastrado a esta orilla
por las aguas del tiempo,
ya no alzas la vista
para ver el vasto horizonte.

Ocupado estás en defender
tu pequeña parcela.

Y así,
como los otros, los pocos,
proteges con dientes y garras
lo que te es prestado.

¿De quién era esta tierra
que ahora pisas?
Antes de ti fue de otros,
después de ti otros serán sus dueños.
Pero tú la posees como si hubiese sido,
es y será siempre tuya.

Yo, sabiéndome desposeído,
salto el alambrado, los muros, las cercas.
Entonces me disparas.

Caigo bocarriba.
Sangrando, miro el cielo.
¿De quién es el cielo? -me pregunto.
Ojalá el cielo nunca tenga dueño.

VII

TODO ME BASTA

1

En soledad y en medio del silencio,
amo mi dedo
y lo que está y empieza
en la punta de mi dedo:
la hierba alta, la tierra húmeda,
la planta que se torna árbol y florece;
el ave que está en el árbol y asciende;
el ave que asciende y es cielo;
y el viento que hay en el cielo,
y la nube que pasa,
y la luz que flota.

Desde la punta de mi dedo
el mundo se desborda y me llena.
Soy todo y la nada.
Y adoro la nada, el silencio.
Pleno, pleno de no-palabras,
de raíces sin nombre,
de hojas que son todas las hojas,
de flores que se abren sin hacer ruido.

En el silencio amo mi dedo
y todo lo que alcanza y con él se funde,
y está y existe.

2

Exacto y nítido es el mundo.
Lo veo así, por primera vez,
sin sombra alguna,
sin entrever en ello algún engaño.

Lo veo tal vez
como aquel que clamara al cielo clarividencia
y desde el cielo le fuera concedida.
Como el ciego que al abrir los ojos
llorara al ver una naranja;
una naranja tantas veces presentida,
nunca antes vista.

Veo que mis ojos ven
-cosa tan común y sorprendente-
y que, si estiro los brazos, al otro extremo,
están mis dedos y se mueven,
y en ellos está el nácar rosado de las uñas.

Descubro que el planeta se mueve conmigo
-como en un juego de infancia-
si al caminar con él camino.
Escucho ruidos extraños de una hormiga,
descendiendo cargada de hojas
hasta el centro de la Tierra.

Y huelo de lejos todo
como si mi nariz estuviera en todas partes,
en los pozos pestilentes y, por igual,
en el estremecimiento del capullo que se abre.

La piel es todo oídos,
un gran oído de todo lo sutil y terreno,
lo palpable y lo impalpable.
En la piel,
el apacible suspiro moribundo de la noche
y la tibia sensación de la luz en la montaña.

Pasa veloz un ave y hablo con ella.
¿Desde cuándo hablo con las aves?
¿Desde cuándo con los perros?

Viene una serpiente y se enrolla en mi tobillo.
¿Qué quieres?
¿Por qué de pronto te veo como una hermana
y me siento unido a ti como tú a mi tobillo?

El mundo se abre.
Emerjo desde el fondo de una concha de piedra.
Reconozco mi cuerpo y mi cuerpo a su semejante.
Hablo contigo que eres mi amor.

Tú me hablas desde el fondo
de los días sin tregua,
y puedo escucharte,
medir en tu voz la estatura de tu angustia
y la vasta llanura de tu hastío.

Y estoy bien.
Por fin estoy conectado contigo.
Te tomo de la mano y te meto toda en mi pecho
para que escuches mi sangre,
te adormezcas con el canto de mi corazón.

Pero tú estás muy lejos.
Pisoteada tu alma por las multitudes,
te extrañas,
te aterras,
te alejas de mí como de un apestado.

3

Todo me basta. No pido nada más.
La hierba y el árbol es suficiente;
el cielo y la tierra,
el fuego que se aviva con el aire
o con el agua se apaga.
Me basta el aire, el agua, el fuego,
la tierra sobre la que mis pies se plantan.

Si he de ser feliz, aquí y ahora lo soy;
si triste, este presente es el mejor.
Pero no es culpa del universo
o del Estado mi tristeza;
mi vida no pende de esa rama como un fruto.

Todo me basta para estar triste y ausente;
o presente y vivo.
No necesito nada.
El universo no es culpable de mis desgracias.
Soy yo.

El mundo y sus seres me bastan
y por ello vivo agradecido,
levanto altares y pido perdón.

Le digo al universo:
perdón por no estar a la altura de la hormiga
y la gaviota,
también del pez y la salamandra.

4

Callados, uno muy junto al otro,
sobre este lecho inmenso llamado mundo,
montas tu pierna sobre mis caderas
mientras yo ciño mi brazo sobre tu pecho.

Escuchamos
el murmullo del junco en el pantano;
el junco y el viento abrazados
en un juego eterno de un ir y venir
temblar y poseerse mutuamente.

Tú dices: "Amor"
Quizás sea esto, te digo.
Nada más que esto:
Tú y yo, tendidos viendo el cielo azul,
vacíos de todo, llenos de nosotros mismos,
sintiéndonos cerca,
tú, extensión de mi cuerpo;
yo, extensión de tu cuerpo
y por igual extensión y posesión
natural del ala que se abre,
del ave que grita al alzar el vuelo;
del pantano, del viento, del junco.

Eso quizás sea el amor.
Lo que tú y yo ahora sentimos.

5

Contratado para ejecutar pequeños oficios,
enfocado en barrer unas cuantas hojas,
en podar el césped
o enderezar el tallo que dobla
un ramillete de dalias,
descubro que mi espíritu se apacigua.

Hay un no sé qué de quietud en el aire,
en la luz que entibia mi cara,
en la búsqueda del pájaro con hambre
tras de los insectos que saltan en el césped.
Hay una quietud que me inunda
al levantar la vista,
cerrar los ojos y respirar profundo.

Quietud que depara
los pequeños oficios de los días;
del hombre corriente,
de la mujer que se levanta a preparar el desayuno
para sus hijos que van a la escuela;
del padre que se despide con un beso;
del obrero que inicia con un primer martillazo
y levanta andamios, paredes, salones,
casas, poblados.

Hay una paz en los pequeños oficios,
una aceptación del existir
sin cuestionar nunca;
de estar así, barriendo las hojas,
de sentirse digno, útil, necesario
mientras se suda y uno se cansa
y descubre que el cansancio es bueno.

6

Llegada la fresca noche,
bajo el cobijo de las estrellas y el sereno,
se desliza apacible el pensamiento.
Un anhelo surge desde el fondo
de mi ser:

Que si llegara a latir en mi pecho la palabra
escriba lo debido
y sepa yo callar a tiempo.
No hay nada más triste que un poeta
sin nada en el alma,
con mucho ruido y engreimiento.

Que para ese tipo de poeta
las palabras sean sus cancerberos
y después de mucho batallar
que lo dejen entrar airoso al infierno.

Yo he de quedarme aquí,
en medio de la noche,
al margen,
viendo batirse una hoja de hierba.
El viento la mece.
Yo soy el viento, yo soy la hierba.

7

Apagadas las pasiones,
qué más queda sino el silencio.
Uno añora estar solo.
Los rostros de la gente nos recuerdan
las desdichas.

Ahí pasa la muchacha que te amaba,
también el sodomita,
y el ladrón y el asesino,
y el charlatán y la prostituta.

¡Qué lejos están ellos de ti!
¡Qué lejos!

El mundo pasa.
Tú permaneces inmóvil,
indolente
con esa indolencia de las piedras
que al ser arrasadas por las aguas
o pisoteadas por los caballos
no se quejan,
no dicen nada.

Un día, tal vez,
se hacen polvo y ya no están
como si no hubieran existido.
Y ni eso te perturba.

Así estás tú, ahora,
sumergido en la ataraxia.[6]

6 El poeta Tubérculo alude al estado de calma mental y tranquilidad imperturbable de los filósofos estoicos. Este concepto de imperturbabilidad o ataraxia lo desarrolla también en el siguiente poema.

8

Soy una piedra.
Heme aquí a la orilla del camino
viendo pasar la vida.

Las celebraciones se suceden.
Nacen soldados, filósofos,
barrenderos, presidentes,
damas de compañía.

Salta el atleta en la pista,
se da aires el poeta,
el predicador cree tener la verdad,
el científico vocifera,
el mendigo busca qué comer
en la basura.

Luego, todos se van.
El hedor de la muerte flota en el aire.
Es natural que los muertos hiedan.

Un árbol florece.
Luego donde estaba la flor hay un fruto.
Un ave lo picotea.

Salta la noche.
Es un gato oscuro.
Salta y otra vez es el día.

Esto contemplo.
Aunque a decir verdad las piedras
no contemplan nada.

Digamos entonces que me he ido
y sin embargo permanezco en el mundo.

Y me sostengo así, por siglos,
atravesado por todo cuanto acontece y existe,
sin perturbación alguna.

9

Tuve un sueño.
Ahora asciendo desde el fondo de sus vísceras.
Alguien me llama.
Veo la cara redonda de la señora del aseo.
Me dice:
"Dame espacio.
Déjame limpiar tus porquerías".

Entonces vuelvo al mundo de golpe.
Estuve asusente siglos enteros.
"Sólo fue un segundo", me dice la señora.
"Te quedaste ahí, dormido.
Murmurabas que eras una piedra".

El café está en la estufa.
Huele la casa a café recién hecho.
Lo bebo.
Afuera la tarde se estremece.
Un vientecito frío toca el guayacán
y, al instante, caen las flores.

La vida -murmuro-
¿Qué será, en últimas, la vida?

Entonces escucho a mis espaldas
otra vez a la señora:
“Báñate y ve a trabajar. Esa es la vida”.

Y veo que detiene los quehaceres.
Con sus ojos enormes me cuestiona.

Sí, tal vez sea eso, le digo.
Sólo eso.
La existencia es más simple de lo que uno espera.

10

La verdad está bajo esta piedra.
No es un pavo real.
No desfila frente a tus ojos.

Está bajo esta piedra
y transpira.
Es humilde, pequeña y verde.
Semeja una lagartija.

Yo no sé con qué asiduo empeño
los hombres pretenden vestirla
de grandes palabras.

Igual el poema pomposo
escrito para las gentes
que ansían ser engañadas.

La verdad dice:
Esta es una piedra.
Esta es una casa.
Esto es un hombre.

Y la piedra es piedra,
la casa casa
y el hombre hombre.
No hay nada más.

Por eso he dicho:
La verdad es pequeña.
Es una lagartija.
Está bajo esta piedra
y la han de ver,
incluso en la noche,
los hombres que en la noche
velan y callan.

VIII

EL HOMBRE PURO

I

Frente a la vida
el hombre verbal no encuentra palabras
y se flagela.

Frente a él resplandece el mar,
la planicie, la hierba,
el caballo,
el sol que levanta su copa de luz
y brinda por el mundo.

El hombre verbal invoca:
¡Dadme, oh dioses, una lengua de oro!
Y se encorva sobre la página
mientras el milagro acontece.

Frente a la vida,
el hombre puro no dice nada.
Con los ojos bien abiertos
se bebe el mar,
toda la tierra,
toda la luz que baña el orbe.

No invoca a nadie.
Él mismo es Dios y sonríe.
Su sonrisa es el más sublime
de todos los poemas.

2

De pie,
al borde de este poema, pienso:

Entre la vida y las palabras
hay un abismo:
las cosas y la representación de las cosas.
Si digo casa,
prefiero entrar en ella que jugar
con el ruido y el fantasma de las imágenes.

Si digo perro,
me gustaría sentir el pelo del perro entre mis dedos,
y que me impregne de olor a perro
y que él babee mi mano.

Yo no podría decirle a la palabra perro
que salte.
En cambio, mi perro sí salta.
Le digo "ven conmigo" y nos vamos al campo
a correr y a sudar
y a quedarnos callados en lo alto de una loma
viendo el río y a lo lejos las montañas.

Mi madre suspira,
¿Suspira la palabra madre cuando digo madre?
¿Huele a ella?
¿Tiene los mismos ojos, la misma angustia?

3

Yo no soy de mí.
No me pertenezco.
No he de disponer de mi rostro;
mi rostro, que bien mirado al espejo,
es el rostro de mi padre.

Ni estas manos son mías.
Mis manos que pertenecieron a un tío lejano,
perdido en la bruma de la montaña,
muerto ya hace años, hace siglos,
sin que le conociera,
sin poner mis manos sobre las suyas
como niños que comparan sus dedos
para descubrir que son iguales.

Siento, a veces, que estoy habitado
por todo un pueblo.
Legiones de hombres pasan y pasan.
Siento el calor de sus sangres en mi cuerpo
y junto a mi pecho,
debajo de mi palma que ausculta los latidos,
el mismo corazón angustiado.

Tengo de ese pueblo hasta el olor basal de mis axilas,
un golpe de aire amargo,
un aleteo fermentado de humedades y almizcle.

Mis pies no son míos.
Mis pies quieren desprenderse de mí,
y no obstante, a su pesar, me llevan consigo;
ciegos como caballos en la noche,
apelan al instinto,
cruzan desiertos y montañas
y de pronto se detienen al borde de las cumbres.

¿Quién de los míos se aficionaba a las cumbres
y a este viento, este viento que viene de abajo,
de todas las tierras del planeta
y me torna expectante y pleno
como si asistiera al parto convulso del paisaje?

Yo no soy de mí.
No me pertenezco.
Cuando, cansado de recorrer el mundo,
me tiendo bocarriba sobre la hierba,
mujeres antiguas se asoman a mis ojos.
"Esos ojos -dicen-, ay, esos ojos..."
y se desvanecen ellas en un murmullo,
un rumor de siglos que aún perdura,
que aún escuchan mis oídos y no entienden.

4

El hombre puro canta en mis venas,
atraviesa imperceptible los umbrales del tiempo,
fluye en la sangre de los que un día fueron
y ahora están en mí.

El hombre puro otea sobre una roca
y tiene hambre de vida.
Rastrea una huella,
golpea con su hacha de piedra al bisonte,
se ahoga en sangre.

A veces lo veo convertido en una ardilla.
Asustada, tal vez absorta,
huele el viento que agita su pelaje.
Está en lo alto de las secuoyas gigantes
y ahí permanece durante siglos.

Otras veces se une a una tribu de cazadores,
corre por la planicie,
atraviesa los ríos, ataca a las bestias,
degüella a los traidores,
esos otros salvajes que son sus semejantes.

Él es todo cuerpo:
Suda, estornuda, ríe, se enferma,
salta, corre, huye, se esconde,
odia, pelea, mata, se redime,
ama, besa, canta, tiene orgasmos,
y se muere.

El hombre puro canta en mi sangre.
Yo lo veo saltar del tranvía,
correr por la calle, pelear con un perro.
Él quiere reír, comer, gritar,
odiar, amar, respirar a sus anchas.
Pero no puede.
La civilización lo amordaza.
En la noche escribe este poema
que habla del hombre que canta en su sangre.

5

En el centro de mi aldea hay un peral [7]
y en torno a él, tomados de la mano,
cantamos.

Cantamos pequeñas canciones de la infancia,
canciones de rituales aprendidos
en una edad incierta,
entre el sueño y la vigilia de un verano
sin tiempo.

Es de noche
y bajo la luz de las estrellas,
aupado por nuestro canto, un silencio
de fragantes sombras nos invade.

Callamos y somos entonces
el árbol y las peras,
y somos ululares contiguos y distantes,
pájaros, insectos,
estremecimiento de hojas,
vientos,

7 El tema del árbol de pera es citado por el filósofo Byung-Chul Han en su ensayo La Desaparición de los Rituales.

boscajes antiguos,
murmullos,
ríos lejanos, pantanos, ensenadas,
pastizales, conejos,
humedades vegetales y sombras...

Alguien pregunta:
¿Dónde termina el yo y empieza el nosotros?
Empiezo a escuchar el latido de otros corazones
en mi pecho.
Mío son vuestros corazones -les digo.
Mío también, quizás de vosotros,
ese pulsar de la sangre que va y viene
por mis venas,
este súbito desvanecimiento de todo,
este desmayo,
esta pérdida de consciencia.

Sólo queda una brisa impregnada
de resinas frescas y de tierra removida;
y un suspiro profundo de alivio
como si el mundo nos pesara menos.

Ya casi al borde del alba,
recuesto mi cabeza sobre la almohada.
Cierro los ojos y estoy feliz.
Algo de mí se unió a los otros,
los otros que aún en mí cantan.

Respiro profundo bajo las sábanas.
Reconozco el aire que entra a los pulmones
como nuestro.
Estoy en casa -me digo.
Y me abandono dulcemente al sueño.

IX

TUVE UN PERRO

I

Tuve un perro.
Niño, se llamaba.
Lo quería como a mí mismo.
Y eso es mucho decir.

Era negro.
En su pelo entraba y salía el sol.

Tenía en la cola un mechón blanco
y blanco era el botín de su pata izquierda
como sus delgados dientes.

Íbamos atravesando los días,
dichosos, sin preocupación alguna.
Se dormía en mi regazo
confiado en mi amor.

Yo ya era un hombre
y él aún un niño.
Mas como niño le amaba
y en sus ojos me veía.

Ahora no está.
Un hombre oscuro le segó la vida.
Ya nunca más brillará bajo el sol.

Yo lo extraño
como se extraña en verdad a un amigo.
En las noches lo invoco.
Quiero verlo venir ladrando
y que ante mí se alegre.
Pero sólo escucho el murmullo del viento.

2

Esto pensé:
Que no hay mayor bien que tener
a nuestro lado al amigo.[8]
Y se me vino entonces el pensar
qué era el amigo
y bajo qué condiciones debía amarlo.

Como se ama a un perro
o a una vaca así he de amarlo, me dije.
Porque yo amo al perro y a la vaca
como si fueran mis iguales.

Y eso es un amigo: uno igual a mí;
pero distinto.
Como si dos mundos se miraran
y se reconocieran
poblados de las mismas criaturas
y ríos y montañas y árboles.

8 El poeta Tubérculo retoma el concepto de amistad, la *philía* planteado por el filósofo griego Epicuro.

Iguales, pero al final dos mundos
que se miran y se comprenden.
Y hasta se quedan callados
cuando creen no comprenderse
aunque en el fondo se comprendan
y prefieran entonces guardar silencio.

Y pensé también en dónde encontrar
a ese amigo
y cómo serían sus manos y su rostro.
Y concluí que debía ser igual
a tantos y tantos hombres,
sin nada especial, sin tanta belleza
ni prejuicios.

Así se me fue el día
y en la noche me dormí pensando en él,
y soñé con él
y desperté con una gran sonrisa.

3

Yo voy por el mundo buscándolo.
Me han dicho:
Por aquí pasó.
Dijo que te esperaba en las praderas
donde pastean las ovejas y el ganado.

Sobre una piedra hallé su ropa.
Nadaba en el río.
Le grité como gritan las aves
cuando se ven acorraladas por los cazadores.

Y digo que le grité como las aves
porque es el grito más potente
que se puede escuchar en las praderas.

Y él volvió sus ojos hacia mí
y me reconoció como uno de los suyos,
su otro corazón,
aunque nunca nos habíamos visto.
Pero ya sabíamos quién era cada cual,
qué alimentos nos gustaba
y en qué lado de la mesa preferíamos sentarnos.

Entonces me abrazó
y no se dijo nada más en todo el día.
Mas yo lo presentí vulnerable
y a la vez violento.

4

Sentados a la orilla del camino,
viendo crecer la noche
a lo ancho y largo de la pradera,
la paz volvió a mi corazón.
Y por un instante no deseé en el mundo
más que la compañía del amigo.

Pero vinieron dos ladrones
y nos asaltaron.
Robaron nuestros zapatos
porque andaban con los pies desnudos
y era lo único que querían.

Entre risas y agravios,
nos golpearon, dejándonos mal heridos
sobre la hierba.
Y así nos quedamos una eternidad
sin movernos, boca arriba,
ajenos a lo que nos había sucedido,
viendo cómo se movía el universo
y cómo el universo se movía con nosotros.

“Poca cosa es esta de los zapatos
y la paliza -dijo el amigo-
frente a la inmensidad del universo.

“Mira a los hombres: andan como los cerdos.
Siempre la cabeza gacha.
Jamás miran el cielo.”

Y yo le comprendí
porque también había pensado en ello.
Y hasta le di las gracias a los ladrones
por propiciar estas reflexiones.

Y luego los imaginé felices,
saltando y corriendo con aquello
que nos habían robado y que era,
para nosotros, poca cosa.

5

Yo reconocí mis zapatos.
Ensangrentados estaban en los pies
de uno de los ladrones.
Acaso el otro lo había asesinado.

Y pensé si aquel que dice ser amigo
era capaz de asesinar
a ese otro que consideraba la amistad
el mayor de los bienes posibles.

Y reflexioné entonces
en las pasiones humanas
y cómo nos hacen creer que el mal es el bien,
y el bien el mal
como en un espejismo donde no alcanzamos
a vislumbrar figura alguna
y nuestra mente está nublada por un hechizo.

Reflexioné frente al cadáver del ladrón.
Miré de pronto al amigo
y le descubrí ocultando el cuchillo enrojecido
debajo de una piedra.

6

Por aquí pasó, dijeron.
Esto te dejó dicho:
Que no le busques, que no es el mismo.
Que no le merezco.

En eso estaba,
llamando de puerta en puerta,
preguntando por su suerte.
Llegaron los guardias y me llevaron preso.

Volví a pensar en el bien y el mal.
Que el mal era aquello que nos turba el alma,
nos hace temer la muerte,
o nos plantea un futuro incierto
del cual solo vemos infortunios.

No temer acaso es un bien.
Y decidí no temer.
Permaneció mi corazón en calma.
Oscuros y fieros eran los rostros de los hombres
y yo no les temía.

Fui acusado de homicida.
En la misma celda estaba el amigo.
Y se me quedó mirando con tanto odio
que me dio espanto.

Recordé a Epicteto[9]:
"El hombre es una frágil alma
sustentada por un cadáver".

Toda la noche reflexioné en esta frase.
Sólo al alba me venció el sueño.
Al despertar él ya no estaba.
Había escapado.

9 Epicteto. Filósofo griego de la escuela estoica. Siglo II d. C.

7

En el fondo del pozo el aire apesta.
Flota un hedor caliente de orines y sangre,
como si alguien se estuviera
descomponiendo.
No su carne, sí su alma.

Salir a la superficie alivia.
El pecho, el cuerpo lo agradece.
Así ocurrió a la salida de la cárcel.
Acusado injustamente por el amigo
fui hecho preso
y liberado al día siguiente.

Recorrí otra vez la pradera
donde de nuevo,
ajenos a las desgracias de los hombres,
el ganado y las ovejas pasteaban.
Un sol incandescente,
verde, refulgía sobre sus pelambres.

Mi alma estaba triste.
Bajo la sombra de un árbol
cavé una sepultura y me enterré vivo.

8

Que si lo ven que le digan
que vuelva a la pradera
donde se puede ver con calma el universo.
Poca cosa son las acciones de los hombres,
poca cosa sus miserias
desplegadas en el espacio y el tiempo.

Mi perro viene corriendo desde el pasado
y antes de saltar a mis brazos desaparece;
el que le mató apenas si existe en mi memoria.
Ya mi memoria es débil y todo se evapora.
No hay perro. No hay asesino.
Y es como si nunca hubieran existido.

También tú y tus acciones no existirán mañana.
Sólo cuenta el presente donde ahora existes
y existe mi lealtad por ti.

Vuelve.
Es bueno volver a la pradera
y ver otra vez las sombras que van ganándole
al verde de la hierba y al azul del cielo.
Abandona la pesadilla de vivir por siempre en pena.
Todo se hunde en la noche oscura
para que broten las estrellas y la luna.

9

He aquí a un asesino.
He aquí a un amigo.
¿Los he de amar por igual?

Brazos y piernas tienen los dos.
Y corazón y sangre y alma.

Los dos tienen hambre
y ansían comer;
sed, y suplican por el agua;
frío, y añoran el sol.[10]

Los dos acaso han amado,
acaso aman.
Todo el bien para sus seres queridos.

Y sin embargo son distintos.
No es igual a sí mismo el hombre
antes de haber matado.
Causar la muerte
nos convierte en monstruos.

---

10 Quien satisface los deseos naturales y necesarios -el hambre, la sed y el frío- puede competir en felicidad con los dioses. Epicuro.

Yo, ante el dilema, cierro los ojos.
Escucho la voz del amigo
que desde el fondo de un pozo me llama.

Yo le respondo.
Al borde del brocal le canto y lo sosiego.

10

Vuela la paloma sobre el tejado.
El gato la acecha.
Luego, en un revoleteo de plumas y chillidos
sólo sangre y muerte.

El gato salta del tejado.
Deja a mis pies el cuerpo de la paloma.
¿Qué instinto ciego lo impulsa a tales cosas?
¿He de juzgar su esencia?
¿Aborrecer el presente que me brinda?

Ordeno que todo quede limpio.
Limpio también los bigotes de mi gato.
No quiero que manche mi ropa
cuando se acerque a mí y se acicale.

Sólo puedo amarlo si olvido a la paloma
y su terrible muerte.
Pero él, más inocente que nunca,
se queda dormido a mis pies.

Así se adormece el amigo
cuando le abrazo
y se recuesta a llorar sobre mi hombro.

X

¿HAS VISTO A DIOS?

I

Desde temprano, en la mañana,
y antes de que cantaran las aves,
me asaltó la angustia.

Ahora es el mediodía
y aún me asedia,
persiste
y es como un vacío aquí,
adentro,
tan grande, tan vasto
que cabría en él todo el universo.

Me ha dado en pensar en Dios
y la idea Dios se me ha quedado clavada
como una espada de fuego en el pecho.

Deambulo sin rumbo fijo por el campo.
Donde terminan los pastizales
y empieza el bosque me detengo.

Bajo la penumbra de los árboles,
un rayo de luz se filtra
y en él, una partícula de polvo,
torpe, ciega, flota.

Así me siento,
como esa partícula de polvo
en el vacío del universo.

Y me quedo toda la tarde así,
con ganas de llorar,
triste y lejano,
ajeno a los hombres y al mundo.

2

Una mujer leve como la brisa,
salió del bosque y me susurró al oído:

Dios existe.
Y también existe el diablo.

Aquel que dice llamarse el diablo,
niega el espíritu y desprecia el cuerpo.
Se acrecienta en llamas
en el infierno de las ideas.

Dios ama el espíritu
y se instala en el trono del cuerpo.
Es el mismo cuerpo
y su espíritu lo recorre como el agua
que va por la planicie y la reverdece.

Él está en ti, en mí,[11]
en las menudas hojas que mueve la noche.
En las grandes hojas
bajo los bosques tropicales.

---

11 El poeta Tubérculo parafrasea a Séneca. "Dios está cerca de ti, está conmigo, está dentro de ti". Epístolas Morales a Lucilio, No. 41.

Está en la estrella distante
y en el grano de arena;
en una hebra de cabello
y en las ballenas jorobadas.

Dios ocupa todo el espacio.
El diablo, en cambio, es pequeño
y sólo habita en la cabeza de los hombres.

3

No sé por qué en este día,
montado en el caballo de mi padre,
me ha dado en pensar que Dios
es como un vaquero.

Y que hasta huele como el ganado
cuando en las tardes de rodeos
corren bajo el sol y se dan coces
y braman en los corrales de piedra.

Me ha dado en pensar
que Dios es robusto y pequeño,
sudoroso y resplandeciente;
y que inclusive, de niño,
me llevó en sus hombros,
cuando había que cruzar los pantanos.

Quizás es esta forma de cabalgar por la llanura,
esta forma de decir de las gentes
como si por primera vez me enseñaran el mundo:

“Esta es una hoja de albahaca,
Este es el pasto puntero,
Este el río que va al mar,
Este es el mar, este es el cielo,
Esta la nube, el viento, el ave,
la abeja, el panal,
el rumor del bosque.”

Ha de ser eso.
Yo los miro desde la montura de mi caballo,
toscos y apacibles,
alejados de todo ruido,
de todo afán que pulula en las ciudades.

4

Son tan parecidos mis pies
a los pies de Dios
que pienso, a veces,
que son estos pies míos los de Dios,
y que yo, tal vez, sea Dios.

Lo digo no porque esté enfermo,
como dicen que están los locos,
ni porque esté loco,
que loco es aquel que no ve más
allá de sus ojos
y vive ocupado en su sombra.

Lo digo porque al pisar la hierba
siento el verde y la humedad del rocío,
y se me viene un no sé qué
que estoy unido a la hierba y al rocío
y a través de ellos accedo a los bosques
y a las montañas de niebla
y luego a los mares
y a la playa
y al sol que reverbera sobre la arena.

Es como si a través de estos pies de Dios
yo sintiera que el mundo es nuestro,
tuyo y mío y de los otros,
y que estamos hechos de la misma sustancia
de las hierbas humildes
y los árboles y las nubes y los bosques
y los mares.

Por eso digo que a veces siento que soy Dios,
o que son míos los pies de Dios,
o Dios me dio un par de pies desnudos,
llenos de piel para que sintiera el mundo
como él lo siente.

5

Al pájaro toche que canta en la rama
y a la serpiente que lo acecha
yo los llamo hermano, hermana.

Hermana también la humilde brizna;
y bajo la brizna,
la tierra que alberga vastos mundos;
y los micelios que brotan por todas partes
y transforman el planeta.

Hermanas también las piedras,
hermano lo inerte que hay en los minerales,
el arrebato incandescente de los magmas
o la blanca frialdad de la niebla.

Esto de ser hermano de todo cuanto existe
me lo ha dicho Dios que está en mí,
que habita en mí y yo en él,
y que en ocasiones soy él.

6

Mirando atento a los ojos de Dios,
yo le llamo a él El Ser de Muchos Ojos,
el que no distingue la luz de la sombra
porque no halla en ello nada malo,
y es bueno para el mundo,
y no enfada a las aves, ni a las hormigas,
ni al cielo.

Dios no cree en eso de blanco y negro
como oposiciones.
Dios es blanco y negro y es rojo y verde
y azul y transparente como el aire.

Yo me miro en los ojos claros de Dios,
y en sus ojos negros, muy negros,
que también, al igual que todos los ojos,
son buenos y no hay reparo.

7

Recostado sobre los oscuros pastizales,
en compañía de las vacas,
contemplo el cielo.

Es la noche.
Mis ojos se pierden entre tantos
e incontables cuerpos celestes.
Y me avasalla, de pronto,
un escalofrío de infinito que me hiela
la sangre.

Y así estoy.
Vulnerado bajo el cielo.
Como otra hierba más viendo
lo que no puede comprender mi espíritu.

Llega la medianoche.
Y como en un sueño, baja hasta mí el universo.
Se tiende a mi lado y resplandece.

No dudo en preguntarle:
¿Has visto a Dios?
"Estoy tendido junto a Dios", me dice.

Y luego se hace pequeño,
tan pequeño que cabe en la cuenca de mi mano.

8

Y entonces lo veo avanzar,
midiendo cada paso desde mis pies lejanos
hasta la explanada de mi pecho.

Aún es la noche
y yazco tendido sobre el campo.
¿Qué haces? -le pregunto al gusano.

"Mido el tamaño de la creación de Dios",
me dice.

Y pasando por encima de mis párpados,
me hunde, de pronto, en el sueño.

9

Dormía o creía que dormía.
Escuché un rumor, luego una voz.
Así cantaba:

Eres santo.
Santos tus ojos, tus manos, tu boca.
Santo el aliento que exhalas,
santo tu cuerpo
y la sangre que en tus sienes palpita.

Santo cuando hablas o atento escuchas.
Santo tu silencio.
Santa la voz que de ti se desprende
y en el oído del otro anida.

Eres santo.
No a la manera de los mártires
o los dioses del olimpo.

Eres santo a la manera del trigo.
Santo como los árboles,
como las semillas que se abren
y tiemblan con sus hojas bajo el cielo.
Como el jilguero que canta
y el canto justifica su existencia.

Santo como las hormigas
o el oso hormiguero que las come,
tanto como el aire que respira,
como la luz que lo entibia,
como el agua que bebe.

Eres santo
como el río que nace en las montañas,
como la nube que viaja por el valle,
como la hoja que se va con el cauce
y llega al mar.

Tu santidad está en el mar,
en los pulpos que respiran en los abismos,
en las ballenas que cantan,
en los giros del cardumen
o en el aguamala que enferma.

Santo como las estrellas
que hablan en la noche con la flor
que a tus pies se inclina,
la pequeña flor del maní forrajero.
La misma que ahora miras
y reconoces como otro fluir de tu sangre.

10

Se acerca mi final.
No escribo este poema entristecido
como entristecido estaría
un joven bello y soberbio
ante la visita de la enfermedad y la muerte.

Escribo como quien ve crecer un árbol,
como quien lo ve florecer y dar frutos,
y luego de tantos inviernos y veranos
comprender su agonía.

Antes de mí,
millares de hombres han nacido
para que yo exista.
Luego, como estrellas se han apagado.

¿Por qué yo he de ser la excepción?
Robarle el aire, el agua,
el angosto pedazo de tierra al que no ha nacido,
haría de mí un hombre malvado.

Y sólo soy un poeta,
un pequeño poeta entre millares de poetas
que también morirán y serán olvidados.

“Vas a morir”, me dijeron
un día en el que estaba escribiendo
el poema más bello.

Eso está bien -respondí.
Si mueren los reyes y los dioses
como si fueran hormigas,
¿cómo no he de morir yo,
hecho de huesos y sangre como mis padres
pequeño y vulnerable como la vida misma?

II

Miro mi existencia,
mis angustiados días del pasado
y entonces comprendo:

Sólo se es poeta una vez en la vida,
cuando se es joven e ingenuo.
El mundo es un territorio inexplorado,
el lugar de las maravillas.

Y vamos armados de palabras
dispuestos al canto o a la guerra.
Pero nos espera la melancolía.

El tiempo nos murmura al oído:
"El fin está a la vuelta de la esquina."
Y todo lo que creíamos eterno se evapora,
empezando por la palabra.

Al final de nuestros días,
aún no recogemos la cosecha.
Nos encontrará la muerte
solos y con las manos vacías.

Contenido

I
SI YO FUERA UN TUBÉRCULO

¿Puede uno negarse a sí mismo? / 11
No sé por qué huyendo de las palabras / 13
Mi preocupación es estar vivo / 14
No quiero ser poeta / 16
Todos los tubérculos están bajo tierra / 18
Esto que escribo no es poesía / 19
Mi cuerpo es más cierto que esta frase / 21
Afirmo que la vida está en mi cuerpo / 22
Busco tus piernas / 24
Yo te amo / 26

II
CANCERBEROS

Amarrado a los árboles del bosque / 31
Amo al mayor de mis captores / 33
Yo era un grito inmenso / 35
Estoy aquí / 37
Pienso en el dolor. Quiero hablarle / 39
No hubo súplica / 41

Yo estoy aquí quieto sin ofender a nadie / 42
Esto me han preguntado / 43
Salgo a caminar / 44
Esto me han reclamado / 45

III

¡PALABRAS! ¡PALABRAS!

No se moverá una hoja por mi palabra / 49
De asombro en asombro / 50
He escrito al ver el rocío / 52
Busco sin hallar nada / 54
No sé por qué dicen que la palabra "puta" / 56
Cantad, cantad, hijos de puta / 58
¡Palabras! ¡Palabras! / 60
La palabra "mico" salta de una rama / 62
Pronuncio la palabra "Hola" / 63
¿La palabra "Palabra" de qué está hecha? / 64

IV

ELUCUBRACIONES

Pongo en ti mis ojos / 67
Aquí está el ruido / 69
Si soy lo que pienso de mí / 71
Si digo que no existo / 73
Cuerpo, cuerpo mío / 75
Los árboles / 77
El tiempo está en mí, en ti / 79
Un reloj en la pared es un reloj / 80
¿Qué fue el ayer? / 81
Abro la ventana / 82

V
DILE A LA MUERTE QUE ESTOY LISTO

Escuché que un hombre lloraba / 85
La espiga de pasto que crece frente a mi casa / 87
La vida es este instante en que estoy vivo / 88
Imagino el instante en que todo acaba / 89
En El Jardín hablo con Epicuro / 90
Esto me digo, una y otra vez / 91
Creyéndome mensajero divino / 93
En lo profundo del bosque hay una flor / 94
Esta serpiente unida a mi tobillo / 95
Me pregunta la golondrina / 96

VI
LAS MASAS

Morirán las masas sin saber que han vivido / 99
Leo a Heidegger / 101
Entre las multitudes me pierdo / 103
Las vastas tierras del mundo / 105
Corremos por la llanura / 106
Ha llegado la hora del arrepentimiento / 107
Triste / 109
Robusto y saludable como un cerdo / 110
Nosotros, los ilustres comensales / 112
Contemplando la vastedad del mundo / 114

VII
TODO ME BASTA

En soledad y en medio del silencio / 119
Exacto y nítido es el mundo / 120

Todo me basta. No pido nada más / 123
Callados, uno muy junto al otro / 125
Contratado para ejecutar pequeños oficios / 126
Llegada la fresca noche / 128
Apagadas las pasiones / 129
Soy una piedra / 131
Tuve un sueño / 133
La verdad está bajo esta piedra / 135

VIII

EL HOMBRE PURO

Frente a la vida / 139
De pie / 141
Yo no soy de mí / 143
El hombre puro canta en mis venas / 145

IX

TUVE UN PERRO

Tuve un perro / 153
Esto pensé / 155
Yo voy por el mundo buscándolo / 157
Sentados a la orilla del camino / 159
Yo reconocí mis zapatos / 161
Por aquí pasó, dijeron / 162
En el fondo del pozo el aire apesta / 164
Que si lo ven que le digan / 165
He aquí a un asesino / 166
Vuela la paloma sobre el tejado / 168

X
¿HAS VISTO A DIOS?

Desde temprano, en la mañana / 171
Una mujer leve como la brisa / 173
No sé por qué en este día / 175
Son tan parecidos mis pies / 177
Al pájaro toche que canta en la rama / 179
Mirando atento a los ojos de Dios / 180
Recostado sobre los oscuros pastizales / 181
Y entonces lo veo avanzar / 182
Dormía o creía que dormía / 183
Se acerca mi final / 185
Miro mi existencia / 187

Exilio

Este libro se terminó de imprimir para
Ediciones Exilio en el mes de diciembre de 2024
en los talleres gráficos de Gente Nueva Editorial
en el barrio Teusaquillo de Bogotá.

Entre otras, su obra literaria ha merecido las siguientes distinciones:

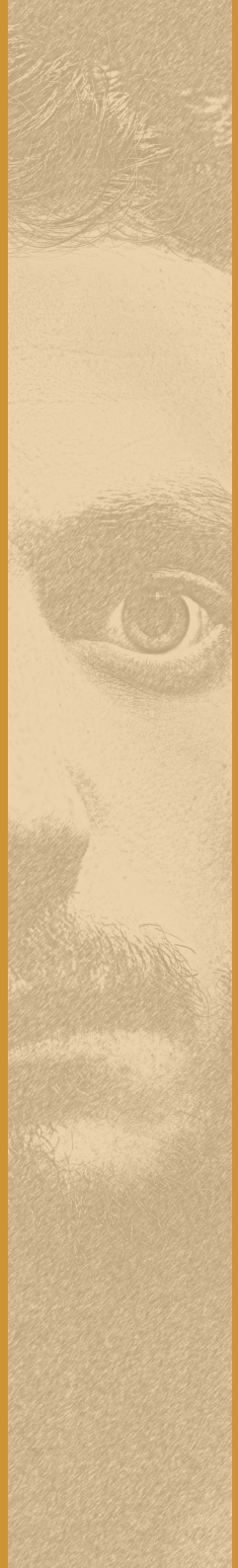
Segundo lugar en el Concurso internacional de libro de poesía Femando Charry Lara (Universidad Central, Bogotá, 2015).

Premio departamental de poesía José Eustasio Rivera (2015).

Premio departamental de cuento Humberto Tafur Charry (Fomcultura, Neiva, 2015).

Premio Fomcultura Colección de autores huilenses (1998 y 1999).





He aquí un libro de poemas y a la vez la historia del Poeta Tubérculo. El autor lo describe como un joven proveniente del campo, robusto y saludable ("Saludable como un cerdo que tiene enferma el alma", diría de sí mismo). En el centro de las contradicciones que lo agobian está el deseo inmenso de sentirse vivo frente a lo que él considera un fraude, la simulación de la realidad: la palabra. La piedra angular de la poesía.

El autor lo apoda precisamente Poeta Tubérculo porque en su odio declarado contra la palabra prefiere ser un tubérculo, una remolacha, en vez de un poeta. Esta afirmación graciosa encierra, no obstante, un drama existencial. A lo largo del libro el poeta se pregunta por la validez del lenguaje frente a la vida, el cuerpo y los sentidos, el dolor físico y espiritual, la ceguera de las masas, los desvaríos de la mente, la muerte sin trascendencia y también la plenitud del ser, el amor, la fusión con el universo, el concepto de un Dios que está en todas partes, dentro de nosotros mismos y en cada partícula de materia.

Publicado por primera vez en 2022, en esta segunda edición el autor ha agregado el capítulo IX sobre la amistad y el X, precisamente sobre el tema de Dios. También los dos poemas iniciales. Invitamos al público lector a sumergirse en ese mundo personal de un poeta atormentado que al hablar de sí mismo cuestiona nuestro estar y ser en el mundo.

Ediciones Exilio

ISBN: 978-628-96196-8-3